



"La Dama Boba", de Lope de Vega, por el TEG.

tro espectáculos excelentes...

El proceso descentralizador tenía que darse "desde fuera del centro", desde las distintas ciudades, protagonizado por municipios, Diputaciones y entidades preautonómicas o autonómicas, contando, por supuesto, con la comprensión y el apoyo del Gobierno central.

Acabo de participar en un acto que se encuadraba perfectamente en este esquema: la inauguración del teatro Romea, de Murcia —una de las salas, a la italiana, más armónicas con que cuenta España— como teatro municipal. Atrás existe la gestión de un Ayuntamiento democrático, canalizada por José Manuel Garrido, que es hoy "consejero" de Cultura de la Región Murciana y fue, años atrás, un estudiante que intentaba abrirse paso en Madrid como director de teatro. Con Garrido hablé más de una vez por entonces. Y recuerdo bien su desencanto ante aquel muro de indiferencia contra el que se estrellaban sus excelentes montajes de Valle o de "Tiempo del 98", de Juan Antonio Castro. Hasta que un día, como ha sucedido con tantos luchadores del teatro español, desapareció. Ahora, como político, se toma la revancha. Y ha sido uno de los que ha trabajado para desterrar la subasta del Romea —que ponía el local en manos del mejor postor, sin otra consideración fundamental que la económica— y conseguir que el Ayuntamiento no sólo sea el propietario del inmueble, sino el responsable de su función cultural.

Presidió el acto inaugural Alberto de la Hera, el director ge-

neral de Teatro, que sancionaba así el compromiso del Estado en esta empresa. Y participaba con un texto de Llovet y un coloquio de la compañía con el público, el Teatro Estable Castellano, cuya versión de "La dama boba", de Lope, dirigida por Miguel Narros, era la encargada de cubrir los primeros días del nuevo teatro municipal. Y cuya existencia regular y profesional, pese a la resonancia de sus tres montajes anteriores —García Lorca, Chejov, Schiller—, tanto debe, según repitió José Carlos Plaza, a la actual política económica de la Dirección General de Teatro.

Queda en pie, desde luego, el problema fundamental: saber si la ciudad de Murcia, dentro de la realidad socioeconómica y cultural de nuestros días, tendrá interés en sostener su teatro municipal. Sobre el papel y en el ánimo de una minoría no existe la menor duda. La población universitaria y aun la tradición de la ciudad son dos factores favorables. Pero una cosa es el teatro intermitente, la solemnidad excepcional o el esfuerzo de un grupo de universitarios, y otra la actividad continua de un teatro municipal. Supongo que no bastará "programar lo mejor que se encuentre" —y ello parece asegurado con Isabel Navarro, responsable de esa tarea— y que será necesario desarrollar la imaginación para atraer al público, para implicarlo.

La vida política española acaba de ganar el Romea para Murcia. ¿Existe una vida cultural dispuesta a aprovecharlo? El Romea es sólo un ejemplo. ■ JOSE MONLEON.

MUSICA

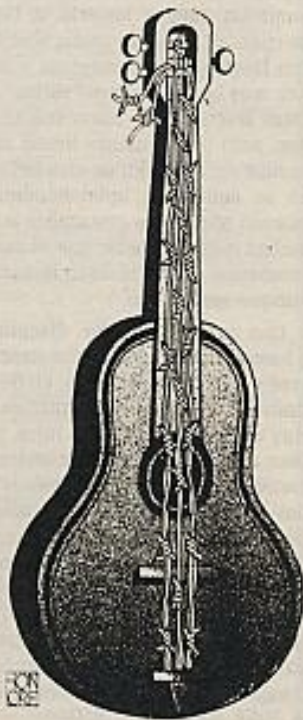
Otoño ibermusical

Una de las convocatorias que más han llamado la atención de los aficionados de Madrid, en el comienzo de la nueva temporada de conciertos, ha sido el Festival de Otoño organizado por la agencia Ibermúsica. El momento de resumirlo llega cuando aún está reciente la lección magistral de dirección de orquesta dada por Antal Dorati, con la Sinfónica de Detroit, en el último concierto.

Si no respetamos la sucesión cronológica y tratamos de hacer un orden más cualitativo, se podrá hablar primero de lo mejor, la presentación del dúo que forman Frans Brüggen, flauta, y Gustav Leonhardt, clave. Una oportunidad rara —creo que no se ha dado antes, por lo menos en lo que respecta a Leonhardt—, de tener en Madrid demostración, por los más destacados especialistas, de las nuevas concepciones sobre interpretación barroca, que aproximan ésta al ejercicio de creación total que debió ser en origen. Pasemos ahora al capítulo de orquestas. Con la de Israel, Zubin Mehta dejó principalmente el recuerdo de una Quinta de Mahler de realización muy desigual, pero que hasta en ello cabe respuesta a un planteamiento coherente e individual, propio de un conductor —su experiencia americana ha-

ga más perdonable el anglicismo— con sentido de lo dramático y pocos problemas para abordar construcciones amplias. Célebres son también las dotes constructivas del escocés James Loughran, actual encargado de mantener la altura en que puso Knapperbutsch a la Sinfónica de Bamberg. Fue el suyo, un programa variado, del cual se esperaba un Brahms que no pude oír —ni me dejó muchas ganas de hacerlo la obertura "Romeo y Julieta", de Tchaikowsky, interpretada antes—; por esta contrariedad, destaco un Beethoven —"Leonora III"— con predominio de la cuerda grave, lo que acentuó el misterio de la página y pobló el Real de sonoridades insólitas, ya que los conciertos normales los contrabajos, por ejemplo, se oyen más bien poco.

De Daniel Barenboim, que vino con la Orquesta de París, dicen que es menos director y más artista. Bueno. Lo que no se duda es que para él no existen la fatiga ni el riesgo. Donde los demás pusieron un programa él puso tres, nada fáciles, y en días consecutivos, que es como decir sin descanso. En el primero presentó un Berlioz bastante particular, más sugerente de lo que suele acontecer con autor tan dado a acumular explicaciones. En cuanto a su Bruckner —una sesión enteramente dedicada a la Octava Sinfonía—, hay que decir que resulta escasamente heroico para las

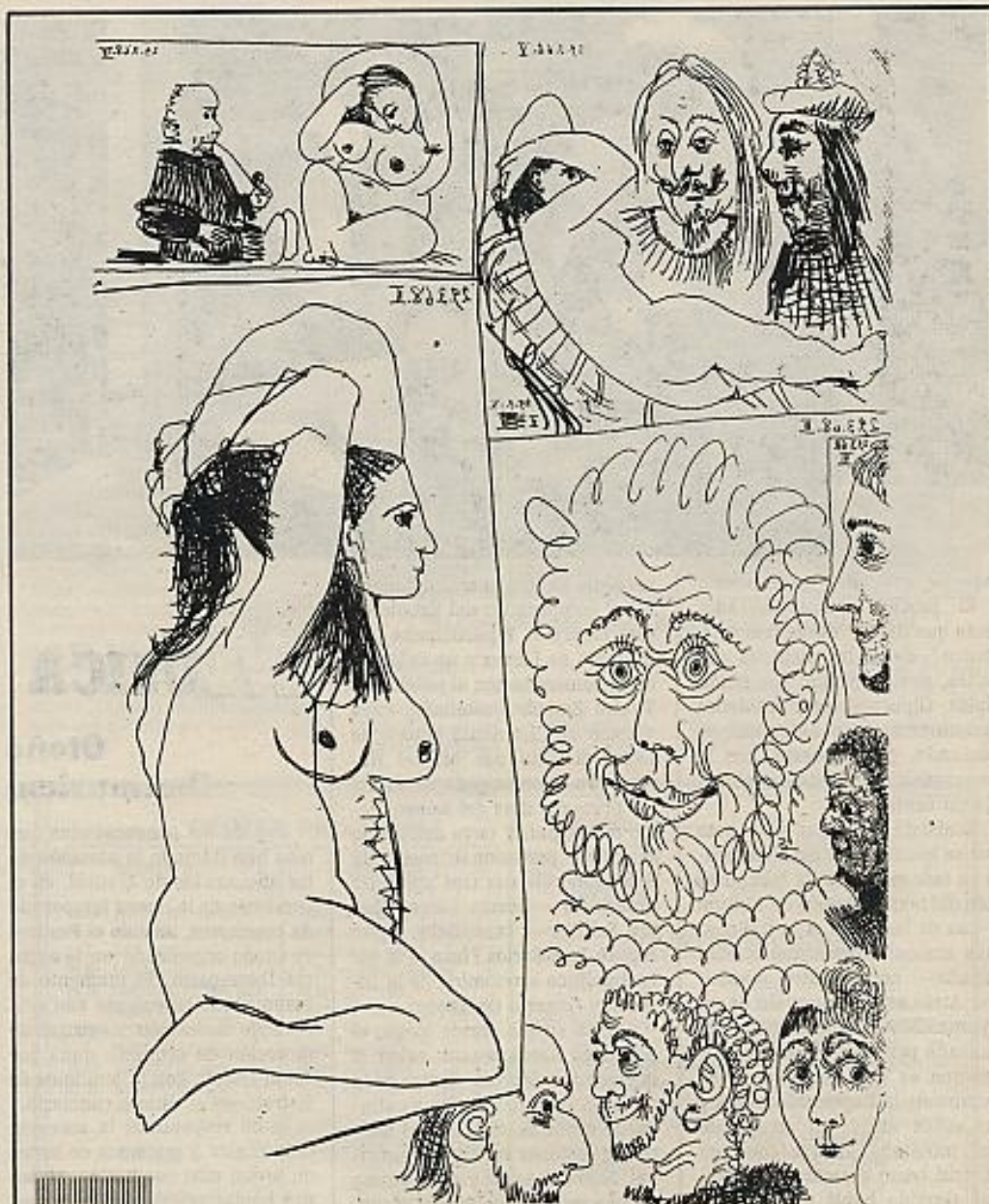


expectativas que han generalizado, bien la práctica de los grandes especialistas del pasado, bien la proximidad wagneriana; aun así, expone con claridad el fruto de un pensamiento musical fuera de serie, aunque lastrado por servidumbres acaso innecesarias. El tercer concierto de los parisienses, por cansancio de ellos o mío, me pareció el de peores resultados. "El mar", de Debussy, salió denso y oscuro, como descrito por un buzo, y la Novena de Schubert, aun llevada por ese camino de apasionamiento cuyos mejores pasos diera Szell, dejó la sensación de una oficiosidad tal vez inevitable, en concierto, para que llegue a su fin una obra que parece difícil que lo alcance de cualquier forma.

Ravi Shankar —nota exótica sobre el papel, aunque en la práctica lo sea menos que Leonhardt, Brüggen o los contrabajos— no se acuerda ya para nada de sus apariciones superestelares en multitudinarias concentraciones de niños floridos. Ni las menciona siquiera en su curriculum, donde, en cambio, sí aparecen los nombres de Rampal y Menuhin; sólo hay pista de ellas en el uso de amplificación. Salvado todo eso, por Shankar casi no pasan los años, y el sitar, pese a tanto mal uso, conserva intacto su poder de fascinación, esa cualidad sonora que conecta con el espíritu como sólo ciertas voces humanas pueden hacerlo. A fin de cuentas, Shankar graba ahora con Deutsche Grammophon, y le van más las audiencias "serias": éstas tosen con él como con todos, pero por lo menos tienen la excusa del sándalo; de otro lado, no se equivocan aplaudiéndole cuando afina, y la costumbre les inclina más a respetar que en sus conciertos esté prohibido fumar, aunque sea tabaco.

Que se pueda hablar, discutir y hasta ironizar sobre estos nombres y estos programas es, en definitiva, el éxito de Ibermúsica. Hay demanda para estos lujos, y bien está para satisfacer la iniciativa privada. A otras entidades corresponden trabajos más básicos de difusión, mantenimiento de actividades y repertorios, y creación de posibilidades profesionales. Ahora que, desde mi insobornable egoísmo, tampoco veo mal que de vez en cuando traigan a Celibidache o a Pollini.

■ JOSE RAMON RUBIO.



ARTE Picasso, grabador y litógrafo

Pocas veces pueden contemplarse reunidos ciento cincuenta grabados y litografías de Pablo Picasso, en una galería comercial como si se tratase de una exposición itinerante por los museos del mundo. Esa oportunidad nos la da hoy en Madrid (O'Donnell, 29) una nueva galería, dirigida por Carmen Boreas, hija del célebre pintor amigo de Picasso. La vasta producción gráfica de Picasso está aquí representada con toda su ciclópica variedad, expuesta con esa misma desmesura que caracterizó la obra de nuestro genial artista. Desde el apasionado y apasionante retrato de Luis de Góngora, poeta del exceso metafórico, y símbolo secreto de su magia, hasta los ilimitados grabados eróticos —que en esta exposición no rebasan nunca la moderación que Picasso se saltó en muchísimos dibujos—, pasando por los apacibles perfiles de Jacquelin o los catatónicos bodegones, siempre la vigorosa mano de la verdad del arte. Picasso amó grabar, como amó la cerámica, el pastel, los grandes formatos, la desbordada dedicataria de sus libros.

Era pintor sin descanso, y sus ojos y sus manos sólo existían en función de su obra, y de esa laboriosa furia esta exposición es testimonio. Hay aguafuertes fechados en 1932, litografías de las décadas del cuarenta, cincuenta y sesenta, para acabar con una nutrida serie de aguafuertes de 1968, todas provenientes de la galería Louise Leiris de París, la casa que representa los intereses de Picasso desde hace muchos años con un rigor ejemplar. La curiosidad morbosa del que esto escribe le empujó a interrogar acerca de los precios, que comienzan en las doscientas mil y acaban en el millón de pesetas, precios que no parecían asustar a los coleccionistas españoles, que tarde, pero generosamente, se entregaban a la adquisición de ese Picasso tan carismático en el arte moderno. Libros enteros, bibliografías cuantiosas, existen y quieren explicar este fenómeno de la pintura de nuestro tiempo. A los peatones de este mundo nos queda la gozosa contemplación y la esperanza del permanente asombro. ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.